

RESEÑAS

Alejandra Osorio Olave

Coronalibro es un objeto para hojear y pensar, a mí me ha dejado con sensaciones varias, a ratos cálidas, a ratos melancólicas y punzantes, por eso me atrevo a reseñarlo.

Forma parte de un proyecto extenso de publicaciones que el fotógrafo Francisco Mata ha celebrado junto a la UAM mediante llamados colectivos a participar con imágenes sobre distintos temas: el adiós a la TV analógica, el sismo en México en septiembre de 2017, el movimiento social derivado de la desaparición de los 43 estudiantes de Ayotzinapa-Iguala, la problemática migrante y la multiplicidad de formas de ser mujer en América Latina. Todos los proyectos fueron realizados de la misma manera: un llamado por medio de redes sociales, que derivó en una curaduría y puesta en página como reflejo de una voz colectiva, pero también como una apuesta discursiva y visual por parte del fotógrafo. En el caso que se reseña, la convocatoria también incluyó la escritura colectiva, que se muestra en textos diversos a lo largo del libro, como un contrapunteo. Pero hay una diferencia importante respecto a las otras publicaciones: el libro ha sido convocado, producido y concluido en el tiempo extraordinario del confinamiento en todo el mundo. Al verlo, uno identifica un pasado muy reciente, y también reconoce que ese presente no está terminando de ocurrir, como un gerundio; en ese sentido es un libro urgente y necesario: esto somos ahora, *ahorita* en tiempo mexicano.

La situación que vivimos ha sido compleja, emocional y contradictoria, para todas y todos. Me lleva a pensar en quién era apenas en marzo, cuando esto comenzó en México. Entonces había novedad en el encierro, en las reuniones en línea, en las



Francisco Mata Rosas,
coord. y comp.,
Coronalibro
(México: UAM Cuajimalpa,
2020), edición electrónica.

Para conocer el proyecto y
descargar el libro en PDF, véase
<https://www.covidexhibition.org>

cosas extraordinarias para las que entonces me daba tiempo, como coser cojines o escribir un incipiente diario. Pero el confinamiento se ha alargado tanto que ahora tenemos rutinas en la anormalidad, y por lo menos eso he aprendido: somos animales cotidianos que no soportamos bien la morfología de lo extraordinario.

Este libro es un retrato colectivo de lo que no ha dejado de pasarnos del todo. Eso que ocurrió en Lyon ahora pasa en Irapuato y volverá a pasar en Santiago. Todos y todas volvimos al cuerpo y a la casa y los encontramos de mejor o peor manera. El problema es que ese cuerpo y esa casa no estuvieron nunca libres de ser instancias políticas y lo habíamos olvidado. El cuerpo y la casa son también lugares donde se ejercen el poder y la disciplina desde afuera y desde adentro.

Es un gran acierto que la convocatoria haya sido colectiva, este virus nos tiene mundialmente hermanados, asunto sólo comparable a un ataque extraterrestre: las naciones, las razas, las clases sociales y los géneros han quedado subsumidos a un microorganismo con un envoltorio proteico que flota en el aire en micropartículas y del que debemos protegernos para salvar la vida. Eso que sólo sucedía en el cine taquillero estadounidense.

El libro retrata todo: la sana distancia, las mascarillas, las ciudades vacías, los lugares de consumo sin consumistas, el quédate en casa y su aislamiento, hartazgo y reinención.

Repaso una y otra vez las imágenes y los textos en cuanto a su género y pienso que somos animales sociales, que los miles de zooms no quitan las ganas del contacto físico, que necesitamos saber cómo cultivar un tomate y una lechuga por lo menos, que la tierra es más importante que el asfalto, que está perfectamente bien pausar la vida de vez en cuando, que algunos somos privilegiados en un sistema económico y social que no da para más, que podemos consumir de maneras más responsables, que el arte y la cultura son muy importantes, que los sistemas de salud social no pueden desaparecer de los Estados o dejarse a la deriva de la inversión privada, que la muerte es un evento que requiere de sus ritos y despedidas para no quedar con estos duelos suspendidos, que la compañía animal es curativa y fundamental, que cocinar, tejer, bordar, coser, amasar, crear, jugar y compartir son actos subversivos dentro de un sistema que nos robaba el tiempo y no lo queríamos saber.

Amamos, odiamos, rompemos, tocamos, olvidamos, lloramos, aprendemos, recordamos, como sólo podemos hacerlo en nuestra condición humana, la cual ha estado en acecho de estas inéditas circunstancias. Entonces veo el libro y me reconozco en todas partes, he estado en todas estas emociones y en todas estas circunstancias.

Fiel a su espíritu comunitario el libro se puede descargar gratuitamente y compartir, eso es parte también de lo aprendido.

Todo comienza y termina como la portada,
en una cama enmarañada
donde descansamos un cuerpo
que no termina nunca de estar cansado realmente.

Algunas de las imágenes que integran los acervos fotográficos están desligadas de su contexto histórico inmediato, observamos rostros sin nombre, circunstancias que sin precisión vemos a la distancia y fechas que los investigadores han colocado con el mayor de los cuidados. ¿Qué daríamos por tener al lado a quien ayudara a reconstruir la escena que vemos?

En un intento por impedir la erosión de la historia de su abuelo y evitar que más fotografías pierdan su contexto, Daniel Salvador Vázquez Conde inició un proyecto familiar en el que reunió fotografías y anécdotas para construir una biografía ilustrada con la que le rinde homenaje a su pariente. Jesús Conde Rodríguez, nacido a finales del siglo XVIII, fue precursor del turismo en Tepoztlán, Morelos, hombre enamorado de su pueblo, gestor de proyectos de comunicación y mejoramiento de servicios públicos, guía de personajes célebres por esa región del estado.

El libro, con una clara línea cronológica y temática, destaca por su lectura visual. El autor rescató fotografías de los archivos familiares y, a manera de un álbum, reproduce retratos de estudio individuales y grupales, fotografías en el exterior que muestran a la familia posando junto a su casa o en días de campo. Sobresalen los paisajes de Tepoztlán desde distintos puntos y algunas otras que muestran festividades del lugar.

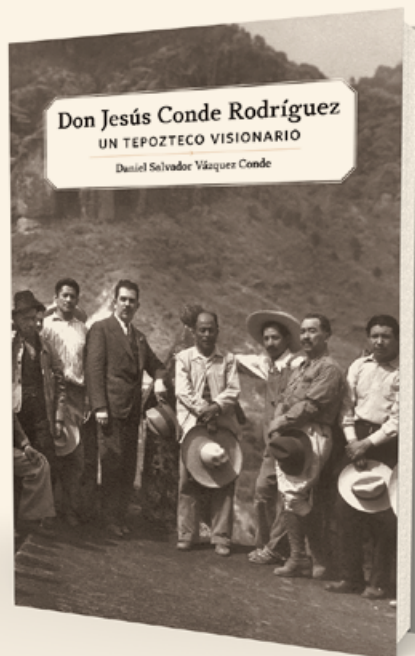
Abundan las vistas de la construcción de la gran obra por la que Jesús Conde es recordado: la gestión para la construcción de la carretera Tepoztlán-Cuernavaca, que dio paso al auge turístico de la región. Después de presentar su petición ante los presidentes Abelardo L. Rodríguez y Plutarco Elías Calles, fue la visita de Lázaro Cárdenas la que hizo posible la culminación de los trabajos. Más de una veintena de hombres, algunos de pie, posan bajo la sombra de un inmenso árbol; trabajadores con overol y hombres de traje miran hacia la cámara. En primer plano, un joven rasga una guitarra. Al centro, sentado con la espalda recargada en el árbol, Lázaro Cárdenas mira al horizonte; a su derecha, Jesús Conde, quien no sin pocos problemas gestionó el proyecto y la visita.

Al ser éste un libro de rescate de la historia familiar, el autor integró también retratos que abarcan casi todo el siglo XIX tanto de los padres como de los hijos del protagonista. Llama la atención el cuidado en tomar regularmente fotografías familiares —que parecen ser iniciativa de Jesús Conde— como medio de salvaguardar la memoria familiar. Dice el autor, a los 18 o 19 años Jesús estudiaba en Cuernavaca y “fue en esa época que comenzó a darse

el 'lujo' de fotografiarse [...] En ese entonces los retratos no eran comunes entre los tepoztecos, lo cual nos habla de ciertas aspiraciones diferentes, poco comunes al resto de sus paisanos" (p. 32).

El libro es un proyecto familiar que en cualquiera de sus aspectos busca rendir homenaje al abuelo. El diseño editorial es de Leonardo Vázquez Conde, tipógrafo mexicano, quien utilizó una de sus tipografías para la composición. Además, su publicación estuvo acompañada de una exposición fotográfica en Tepoztlán que planeaba exhibirse en otros lugares, pero que quedó truncada debido a la pandemia actual.

Los hermanos Vázquez Conde han cumplido el anhelo de no pocas personas al observar sus álbumes familiares: dotar de una narrativa que le dé sentido a las fotografías que pasan de generación en generación en busca de un narrador que las salve del olvido.



Daniel Salvador Vázquez Conde,
Don Jesús Conde Rodríguez. Un tepozteco visionario
(México: Secretaría de Cultura/Gobierno
del Estado de Morelos/PACMyC, 2020), 128 pp.